

Andrés Hurtado lector de Kant

Manuel Monge

1. Crítica de la razón pura

En 1781, un año después de ingresar en el senado académico de la Universidad de Königsberg, Kant publica la primera edición de la *Crítica de la razón pura*. No es excesivo calificar este acontecimiento, son palabras del propio Kant, de *revolución copernicana del pensar*. A lo largo de este extenso texto Kant construye una organización del proceso a través del cual se produce el conocimiento humano y al propio tiempo va desmontando ("deconstruyendo", en la jerga de la posmodernidad) la concepción que hasta entonces el Hombre había tenido del mundo y de su conocimiento del mismo. Siempre guiado por el afán característico de la Ilustración de llegar a un conocimiento válido, Kant opera de manera negativa, fijando los límites del conocimiento humano:

no extender nuestra razón, sino emanciparla de todo error, que no es poco adelantar, y para ello expone de manera sistemática los elementos que intervienen en el conocimiento y explica el modo en el que estos elementos se relacionan entre sí.

1.1. Los tipos de conocimiento

En primer lugar, establece una distinción entre lo que denomina *juicios analíticos* y *juicios sintéticos*. La diferencia entre ambos estriba en que, mientras en los primeros el predicado no introduce ninguna información que no esté contenida en el sujeto, en los segundos el predicado habla de algo que no estaba previamente en el sujeto. Lo explica diciendo que los primeros se conciben por identidad y los segundos no, y lo ilustra con los siguientes ejemplos: *todos los cuerpos son extensos* (analítico) - *todos los cuerpos son pesados* (sintético). Nótese que, para entender la pertinencia de estos ejemplos, hay que recordar la noción de *peso* posterior a Newton, como función entre la fuerza de la gravedad y la masa de los cuerpos, y no como cualidad intrínseca de éstos.

A esta distinción añade otra, la que se da entre los *juicios a priori* y los *juicios a posteriori*. Los primeros son juicios independientes de la experiencia, y los segundos son juicios que proceden de la experiencia, esto es, son juicios empíricos.

Ambas dicotomías son complementarias, de manera que la clasificación del conocimiento humano quedaría como sigue: *juicios analíticos a priori - juicios analíticos a posteriori - juicios sintéticos a priori - juicios sintéticos a posteriori*.

Ahora bien, como resulta evidente tras una breve reflexión, cabe cuestionarse la existencia de *juicios sintéticos a priori*: ¿cómo afirmar algo nuevo sin haberlo observado previamente en la Naturaleza?

Para los positivistas, que, partiendo de Kant, buscan una simplificación de sus teorías, los *juicios analíticos* son tautologías y los *juicios sintéticos a priori* sencillamente no existen. Kant hila más fino: las propias leyes matemáticas son *juicios sintéticos a priori*, ya que su carácter necesario es algo que no se encuentra en la experiencia. Y para argumentarlo utiliza como ejemplo una simple suma: parece evidente que $7+5=12$, pero no es así, de $7+5$ sólo se deriva otro número, pero sólo

sabemos que ese número es 12 porque si juntamos 7 manzanas y 5 manzanas obtenemos 12 manzanas.

1.2. El proceso del conocimiento humano

El conocimiento humano se sirve de dos vías: la *sensibilidad* y el *entendimiento*. La primera proporciona los objetos del conocimiento, y el segundo los piensa ("los procesa" diríamos hoy por analogía con la informática). Las fases del conocimiento serían, pues, las siguientes:

a) *sensibilidad: intuición* (acto de representación de un objeto), *sensación* (efecto del objeto representado sobre nuestra sensibilidad), *fenómeno* (relación resultante entre *intuición* y *sensación*). La ciencia que trata de las leyes de la sensibilidad es la *estética*.

b) *entendimiento*, de cuya unión con la *sensibilidad* surge el *conocimiento*, resultado final de todo el proceso. El *entendimiento* es la facultad de pensar el objeto de la intuición sensible, y el estudio de sus leyes corresponde a la *lógica*.

1.3. Espacio y tiempo

Estos dos conceptos son denominados por Kant *formas a priori de la sensibilidad*. Son ni más ni menos las condiciones necesarias para que se dé el conocimiento, pero no están en la Naturaleza, no son empíricas, sino que han sido introducidos por el Hombre en su percepción del mundo. Se diferencian entre sí porque el *espacio* actúa sobre los *sentidos externos* y el *tiempo* sobre los *sentidos internos*.

1.4. Refutación de la metafísica

Llegados a este punto, cabe plantearse, dado que las condiciones del conocimiento humano se derivan del propio proceso del conocimiento humano, si existe algo que merezca el nombre de *conocimiento absoluto*. Aquí está la piedra angular del sistema kantiano, y su máxima aportación. Kant concluyó que, así como de la *sensibilidad* se deriva el *fenómeno*, del *entendimiento* en estado puro, sin concurrencia de la primera, sólo puede derivarse un conocimiento cuya validez aspira a ser absoluta, pero no lo es más que en hipótesis (a priori: es lo que Platón denominó *doxa*: "conjetura"): el *noúmeno*. La respuesta, por tanto, no podía ser sino negativa. Las consecuencias de dicha negación de la posibilidad de un conocimiento absoluto, lo que Kant llamó *conocimiento trascendental*, pues se definía por ir más allá de los meros *fenómenos*, fueron profundas e irreversibles. La *metafísica*, en tanto en cuanto pretendía acceder al *noúmeno*, se identificaba con el *conocimiento científico*, lo cual equivale a decir que toda la cosmovisión religiosa imperante hasta entonces carecía de validez científica.

Estas cuestiones no pasaron desapercibidas ni a sus contemporáneos ni, posteriormente, a todos aquellos capaces de seguir el rumbo de sus explicaciones, sobre todo cuando, como es sabido, la religión siguió resistiéndose a perder su puesto de instancia suprema de conocimiento. Precisamente estas cuestiones son tratadas por Pío Baroja en *El árbol de la ciencia*. En la cuarta parte de la novela, *Inquisiciones*, a lo largo del primer apartado -*Plan filosófico*- y el tercero -*El árbol de la ciencia y el árbol de la vida*-, el protagonista, Andrés Hurtado, conversa con su tío, el doctor Iturrioz, en la terraza de la casa de éste, acerca de cuáles son sus filósofos de

referencia, y después de mencionar a Kant y a Schopenhauer, el joven se embarca en una exposición de lo que a su entender hace del primero un filósofo tan importante:

"-La antigua filosofía nos daba la magnífica fachada de un palacio; detrás de aquella magnificencia no había salas espléndidas ni lugares de delicias, sino mazmorras oscuras. Ese es mérito sobresaliente de Kant; él vio que todas las maravillas descritas por los filósofos eran fantasías, espejismos; vio que las galerías magníficas no llevan a ninguna parte.

-¡Vaya un mérito!

-Enorme. Kant prueba que son indemostrables los dos postulados más trascendentes de las religiones y de los sistemas filosóficos: Dios y la libertad. Y lo terrible es que prueba que son indemostrables a pesar suyo."

(...)

"-Después de Kant el mundo es ciego; ya no puede haber ni libertad ni justicia, sino fuerzas que obran por un principio de causalidad en los dominios del espacio y del tiempo. Y esto tan grave no es todo; hay además otra cosa que se desprende por primera vez claramente de la filosofía de Kant y es que el mundo no tiene realidad; es que ese espacio y ese tiempo y ese principio de causalidad no existen fuera de nosotros tal como nosotros los vemos, que pueden ser distintos, que pueden no existir..."

(..)

"-Kant ha sido el gran destructor de la mentira greco-semítica. Él se encontró con estos dos árboles bíblicos de que usted hablaba antes y fue apartando las ramas del árbol de la vida que ahogaban al árbol de la ciencia. Tras él no queda, en el mundo de las ideas, más que un camino estrecho y penoso: la Ciencia."